

CULTURA

Maletas ultrajadas

Víctor Pliego

UNA MALETA olvidada es algo inquietante y triste. No es lo mismo dejarse olvidado un para-Víctor Pliego guas que una maleta enorme, llena de cosas imprescindibles. ¿Qué eventualidad pudo obligar al dueño a marcharse sin su equipaje? ¿Cuánto tiempo y dónde habrá estado buscando, infructuosamente, a su compañera de viaje? ¿Qué hará el viajero sin su ropa interior, sin su cepillo de dientes, sin el cargador del móvil? Porque, cuando uno viaja, lo que mete en la maleta son cosas básicas, bien seleccionadas y de uso cotidiano. Debe ser bien incómodo quedarse sin ellas.

Este año he frecuentado el aeropuerto de Barajas y he visto muchas maletas olvidadas en las cintas transportadoras y alrededores. Tal vez sus propietarios las buscaron en aeropuertos de otras ciudades; tal vez hicieron trámites y colas para reclamarlas. ¡Menudo disgusto es perder la maleta! Y que, encima, se quede olvidada dando vueltas en el carrusel de la cinta transportadora, tirada en un rincón y expuesta a las manos de cualquier amigo de lo ajeno. Todo está vigilado en el aeropuerto y nos registran varias veces pero, al parecer, nadie se ocupa de esas maletas perdidas durante horas, aunque estén claramente identificadas. Yo mismo podría haber avisado a los dueños o haberme llevado ocho o nueve a mi casa con toda impunidad.

El transporte de maletas es aborrecido por las compañías aéreas, que dan a estos enseres indefensos un maltrato salvaje e injustificado: las maletas son arrojadas, arrastradas, mancilladas, rayadas y, no pocas veces, reventadas a golpes. La vida de la maleta, aun de la más cara, es sufrida y breve. ¿Es preciso ultrajar de este modo a las maletas en los aeropuertos?